

autor, las emociones sólo son moralmente significativas dentro de una ética de la virtud: la moralidad no tiene que ver únicamente con las acciones sino también con las emociones: no sólo porque las emociones se reflejan en las acciones sino porque un actuar correcto supone la educación y perfeccionamiento de las emociones. El hombre virtuoso es el que actúa bien, sabe actuar bien y tiene la inclinación adecuada para hacerlo, posee las emociones adecuadas en los momentos adecuados y en el grado correcto. Esta es la descripción de qué sea la vida buena; incluye el desarrollo del *buen carácter* permanente que subyace e informa a las acciones que se realizan. Por tanto las emociones tienen un papel central en la *virtud*. En ello se cifra su valor moral. Es por esto por lo que puede y debe (cfr. caps. IV y V) destacarse el valor de la educación moral de las emociones.

Idoya Zorroza

Polo, Leonardo: *Claves del nominalismo y del idealismo*, Cuadernos de Anuario Filosófico, serie Universitaria, n. 5, Serv. de Publicaciones Universidad de Navarra, Pamplona, 1993, 150 págs.

Sin hilo conductor, cualquiera que intente dirimir el núcleo de las diversas corrientes filosóficas contemporáneas, es fácil que dé en un "ruido blanco", es decir, sumirse en la perplejidad.

Leonardo Polo toma como hilo conductor los *trascendentales*, el *ser*, la *verdad* y el *bien*, así como el *orden* entre ellos. El *realismo* es aquella doctrina que mantiene que el ser es el primer trascendental, el que funda la verdad, siendo posterior a ésta el bien. El *idealismo* postula, en cambio, que la verdad es el primer trascendental y que se autofunda. El *nominalismo* sentencia que lo real es singular, y que sólo se accede a ello por intuición de la voluntad, es decir, que en el fondo el primer trascendental es el bien.

Los griegos, en especial Aristóteles, y los medievales, destacando a Tomás de Aquino, mantienen que el ser posee muchos sentidos, y que uno de ellos, la verdad, se funda en el ser. Por lo demás, para ellos lo real no es enteramente acto sino compuesto de potencia real. Son realistas. Por el contrario, el nominalismo, con Ockham a la cabeza, declara que la verdad es un puro juego lógico. En el fondo se admite el sentido, pero no la verdad. El lenguaje como expresión del pensar es un juego entre los múltiples posibles e inaferrables en su totalidad. Posible es lo pensado, lo *ficto*, pero ya no se entiende por tal la potencia real sino la posibilidad lógica. Como todos los discursos son posibles, la clave última de ellos nos supera; es lo místico. De este cariz son la filosofía analítica, el pragmatismo, etc. Por enormemente molesta, esta tesis es blanco de las críticas del idealismo. El núcleo de la argumentación

que llevaron a cabo autores como Leibniz, Hegel, Husserl, etc., radica en totalizar la posibilidad. Si las reglas lógicas ya no son unas de las posibles sino que se conocen todas, la posibilidad deja paso a la necesidad. La posibilidad total equivale a la necesidad, que se traduce en la filosofía moderna con la alusión al tiempo entero. La verdad es el todo, el sistema. Hegel sale a escena. Tras él, a pesar de las rectificaciones que se intenta, Husserl, Heidegger, Kierkegaard, etc., son netamente post-hegelianos.

El centro del escrito va ilustrando lo arriba sentado con la ejemplificación de diversos autores en aquello que pasa por ser el núcleo de su pensamiento. Tras Ockham son variantes del nominalismo, el voluntarismo, puntos centrales de la filosofía de Descartes, Wittgenstein, Gromsky, Austin, Tugendhat, etc. El idealismo, preconizado ya por Eckhart, Nicolás de Cusa, Spinoza, aparece abiertamente en Leibniz, Galileo, Newton, Wolff. En Kant tenemos un idealismo problemático. Llega a su cumbre en Hegel y pasa a autores de la fenomenología: Husserl, Heidegger, Hartmann, Gadamer; al existencialismo con Merleau-Ponty, Sartre; al historicismo, con Dilthey; a la teología con Bultmann. Evidentemente autores como Comte, Kierkegaard, Nietzsche, Marx o marxistas de la Escuela de Frankfurt como Horkheimer, Habermas, a pesar de su reacción en contra, tienen una deuda innegable con Hegel. Freud y el psicoanálisis son hermeneutas de la sospecha, pese a que Marcuse y Fromm intenten aproximar marxismo y psicoanálisis.

En síntesis, el cuaderno trata de hacer "entender la filosofía del s. XX a partir de los trascendentales. La primera actitud es el sujeto-objetualismo. Esta actitud postula la primacía de uno de los trascendentales relativos: el bien o la verdad. Por tanto, los sujeto-objetualistas son los voluntaristas y los idealistas". La segunda es la que mantienen los objetualistas. En ella hay que englobar a autores como Popper y los cientificistas, al estructuralismo, etc. Esta corriente está menos tratada por el autor. En tercer lugar tenemos la actitud del realismo. Refutadas la primera y la segunda posición se deja paso, pues, a un realismo que dé razón también de la verdad y del bien sin omitirlos, fundándolos en el acto de ser, y que abra además campo para explicar la persona humana, la libertad.

Juan Fernando Sellés

Polo, Leonardo, *Introducción a la filosofía*, Eunsa, Pamplona, 1995, 229 págs.

Introducirse en la filosofía es abrirse a una manera de experimentar la realidad en lo que ésta tiene de primario o primordial, no a un elenco de doctrinas diversas entre sí o incluso contradictorias. Sólo si se vive esa experiencia se descubre el valor perenne del filosofar –porque perenne